

poetas formados en talleres literarios. La precaria situación económica y social en la que se ve envuelto el país hace que se vuelva a una poesía del desencanto, en la que la preocupación existencial y el nihilismo ocupen un lugar predominante, autores como Tomás Castro, Dionisios de Jesús, Plinio Chahin o Adrian Javier siguen esta tendencia. La presencia femenina se deja notar al igual que en otros países, algunas autoras como Miriam Ventura o Martha Rivera prueban una poética de compromiso, en la que la mujer deja de ser considerada un objeto sexual, una madre perfecta y ama de casa sacrificada para ocupar su verdadero papel de ser humano.

Esta antología llama la atención por su didactismo, no pretende ahondar en cada una de las tendencias poéticas existentes en La República Dominicana —tarea que por otra parte sería imposible en un sólo volumen— pero consigue dar un panorama amplio y objetivo sobre dicha poética y difundir una literatura en gran medida olvidada. Sobre todo abre las puertas de un campo de investigación que suele permanecer oculto tras la fragmentariedad de algunos estudios.

CRISTINA BRAVO ROZAS
Universidad Complutense

Beatriz Sarlo, *Borges, un escritor en las orillas*, Buenos Aires, Ariel, 1995.

Beatriz Sarlo ha realizado, como se sabe, medulares y a la vez renovadores análisis de la literatura y la cultura argentinas. *Borges, un escritor en las orillas* nace de cuatro conferencias impartidas por la autora en la Universidad de Cambridge en 1992. Su primera versión, en inglés, fue publicada por la editorial londinense Verso en 1993 con el título *Jorge Luis Borges: A Writer on the Edge*.

En el capítulo inicial, Sarlo expone una dirección de lectura: junto a la imagen de un Borges universal, clásico, cree necesario establecer la de un escritor que construye su literatura en una región marginal, América, Buenos Aires, en y contra una tradición cultural específica, la rioplatense. La experiencia misma de sus disertaciones en Inglaterra le permite advertir que la primera de estas imágenes es, en el presente, y al menos desde una lectura europea, «más potente que la literatura argentina».

Su lectura, en cambio, afirma que el cosmopolitismo de Borges no puede entenderse si se olvida la pregunta central que el autor parece haber intentado responder a través de su proyecto estético: «¿cómo puede escribirse literatura en una nación culturalmente periférica?». Sarlo lee a Borges desde una dimensión que define como desgarrada. La escritura borgeana, en desplazamiento por el filo de diversas culturas, es de «conflicto». Su trabajo, simultáneamente de reinención de una tradición cultural para su país y de apropiación, parcial y arbitraria, de las literaturas extranjeras.

De modo semejante a Ángel Rama, que analizara la operación transculturadora frente al embate de la modernidad en narradores situados en la línea regionalista como Arguedas o Rulfo ¹, Sarlo parece interrogarse aquí por la originalidad de esa operación en un escritor cosmopolita. Atenta a los entrecruzamientos, aporta una reformulación del funcionamiento de esta categoría en Borges: a partir de su análisis puede colegirse que el cosmopolitismo postularía no sólo una mirada hacia afuera, sino también, una mirada hacia adentro, «dos ojos» convergiendo alternativamente y no sin disputas, en dos objetos de interés: ² «En Borges, el cosmopolitismo es la condición que hace posible una estrategia para la literatura argentina; inversamente, el reordenamiento de las tradiciones culturales nacionales lo habilita para cortar, elegir y recorrer desprejuiciadamente las literaturas extranjeras (...)»

En tal sentido, uno de los efectos más luminosos de este trabajo radica en que posibilita recolocar a Borges en la trama de los intelectuales y escritores que pensaron la Argentina. Su figura queda situada, en primer lugar, dentro de la tradición inaugurada por Sarmiento y hegemónica en la cultura rioplatense: aquella en la cual la ciudad constituye «un espacio imaginario que la literatura desea, inventa y ocupa». La invención de la ciudad borgesiana se realiza precisamente en un momento de emergencia de lo que Sarlo caracteriza como un nuevo paisaje urbano, un escenario modificado por la fáustica modernización de las primeras décadas de este siglo y por la articulación de una cultura «de mezcla» originada por la inmigración, que describiera ya en su libro *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920-1930* (1988).

Se recupera aquí en segundo lugar a un Borges atravesado por el interrogante central de los escritores de ese período, afectados por las vertiginosas transformaciones: «¿qué hacer con el pasado en la construcción del futuro?». El Buenos Aires inventado en sus primeros libros es interpretado aquí como una respuesta estética e ideológica. A diferencia del de Arlt o de Girondo, será una «ciudad del pasado con el lenguaje de una literatura del futuro».

La cuestión de la construcción de una literatura se entrelaza para Borges con la necesidad de reordenar ese pasado, a través de un conjunto de operaciones: establecer con qué elementos se formará la nueva tradición, examinar el problema del lenguaje, el criollismo y el cosmopolitismo, elegir pre-textos fundadores, armar un nuevo canon. Borges elige territorios marginales, tonos

¹ Ángel Rama, *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1982.

² En otro lugar, Sarlo define el proyecto del grupo bonaerense *Contorno* como la construcción de una mirada de «dos ojos», el que mira a Europa y el que mira a Argentina, dirigidos hacia un mismo objeto, lo nacional. Juega, a su vez, con la imagen acuñada por uno de sus integrantes, David Viñas, en su trabajo «los dos ojos de José Mármol», cfr. B. Sarlo, «Los dos ojos de *Contorno*», *Revista Iberoamericana*, núm. 125, Pittsburgh, octubre-diciembre de 1983, págs. 797-807.

menores. Desecha a Lugones y a Güiraldes, rescata la literatura gauchesca y a Evaristo Carriego. A partir de este «poeta pobre», exento de énfasis, Borges construye las *orillas* como ideograma. Las orillas son un espacio literario, imaginario, pero indican también, de acuerdo al análisis de Sarlo, la posición de un escritor que asume la excentricidad de su país y su cultura para desplazarse libérrimamente, sin angustia, por las literaturas europeas y por un Oriente construido por Europa.

La apelación de Borges al pasado no significa así un repliegue, una negación del conflicto en el que desde su nacimiento, está inscrita la Argentina. La mirada crítica de la autora deja emerger, por el contrario, a través de los sucesivos capítulos, a un escritor sensible a los cruces, a ciertas inflexiones de las fronteras espaciales y culturales de la historia nacional, tensada entre lo europeo y lo americano. Un Borges próximo incluso al sujeto barroco, atento a esas zonas de *pliégue sobre las que teorizó Deleuze*.

Precisamente la atracción por la diferencia, la alteridad, los problemas de la traducción de códigos culturales o de literaturas, aparecen como bases, por una parte, de la construcción de su estética concebida desde un «margen sin centro»: una «teoría de la escritura como escritura de lecturas y no como escritura de invenciones». Por otra, como problemas propios de una cultura periférica, tratados alegóricamente en algunos de sus cuentos.

En efecto, Sarlo reconoce en los relatos analizados a partir de los postulados iniciales, un trabajo de figuración, de alegorización, de puesta en situación narrativa de problemas culturales, filosóficos, literarios e incluso políticos en la ficción borgeana. Pero también las elecciones formales del autor, como la primacía que otorga a la trama, al orden, exponen para ella, nunca de manera excluyente, la búsqueda de una resolución simbólica de esos problemas o contradicciones de la literatura o la política. Lo que postula es precisamente eso, lecturas posibles, atraídas por las huellas de una «alegoría fracturada» para decirlo con sus propias palabras, matizadas por la ironía y el escepticismo de Borges. Lecturas siempre esclarecedoras y coherentes con la imagen del escritor reconstruida en los primeros capítulos.

Los trazos simples pero densos del análisis, pensados para su configuración inicial como serie de conferencias, sintetizan y al mismo tiempo enriquecen hipótesis ya planteadas en trabajos anteriores por la autora, ceñidas ahora a la dirección de lectura señalada. Un bagaje teórico procesado con sutileza, perceptible en el modo de interrogar a Borges las ilumina con luz nueva: la desconstrucción, la antropología filosófica bajtiniana, la crisis y el descentramiento del sujeto. Nos devuelve así la imagen de un escritor que no sólo asumió algunas tensiones fundamentales de su cultura, sino que lo hizo desde zonas de riesgo, desde perspectivas liberadoras.